

PELDAÑO DE CUATRO SIGLOS

En un pedazo de llano que en la provincia de Evéjico se hace entre dos cerros, el “muy magnífico señor Jorge Robledo”, teniente de gobernador y capitán general de las provincias de Cartago y Anserma, ordena hacer un hoyo y por sus propias manos pone en él un madero grande; desenvaina la espada, da sobre el leño simbólico tres mandobles, y dice: “Dadme por testimonio signado, cómo en nombre de su Majestad y del señor gobernador pongo aquí este madero en señal de posesión, para que allí en el dicho sitio sea fundada y edificada la Ciudad de Antioquia”.

Y así fue fundada y edificada la Ciudad de Antioquia. De ello hace hoy cuatrocientos años. Fueron testigos presentes Pedro de Barros e Juan Rodríguez e Pedro de León e Miguel Díez e Bartolomé Sánchez e Juan Alvarez e Francisco de Cuéllar e Diego de Palencia, fundadores e conquistadores.

Tan pequeño comienzo tuvo lo que hoy llámasse Antioquia y Caldas. Tan modesto principio halló lo que hoy se conoce con el nombre de pueblo antioqueño. Pensando en ello, y entreviendo el futuro, don Tulio Ospina escribió estas memorables palabras: La familia Caldea, que, celosa de sus creencias, hace cuarenta siglos alzó su tienda de Ur, y se trasladó a Canaan, y el puñado de aventureros congregados mil trescientos años más tarde en la ribera del Tíber, y que, andando el tiempo, se convirtieron, aquella en el pueblo escogido.... y éste en el pueblo que más ha contribuído a la civilización del

globo, no fueron en sus comienzos ni más importantes ni más respetables que la pequeña colonia fundada por Jorge Robledo a mediados del siglo XVI en el corazón de estas montañas — la Ciudad de Antioquia — y que fue el principio de lo que hoy llamamos con orgullo departamento de Antioquia.

Bosques impenetrables y manigua enmarañada; ríos grandes y profundos; torrenteras sin vado; lagunas y pantanos mortíferos en las tierras bajas; frías cimas de pajonal enteco o valles en donde ardían por igual el calor y la fiebre; desfiladeros, desfiladeros inaccesibles sin caminos o apenas cruzados por sendas tarjadas por la planta del indio. Tal era el teatro de la gesta conquistadora. Infestaban los pumas y los jaguares, serpientes venenosas y mosquitos vectores de la fiebre que brota de los cenagales por las hojas gladioladas de las yerbas salvajes. Y — reyes agrestes de la creación — los indios. Fornidos, orgullosos y bravos. No fue en Antioquia el dominio de la tierra la empresa más fácil que fuera en las regiones en donde los naturales estaban dedicados a la labranza y al pastoreo y habían abandonado las faenas de la guerra. Nutibara, emperador de estas comarcas, desde la cordillera de Abibe hasta la cadena occidental de los Andes, se hizo célebre por la derrota infligida a Francisco César, el más valiente y el mejor de los capitanes de don Pedro de Heredia. Parapetado sobre una agria cumbre — nuevo Pelayo de la joven América — bello, en la diestra vengadora la lanza, sobre la cabeza el símbolo imperial hecho de plumas, fiera la mirada, agitada la lisa cabellera, así esperó al invasor. Su figura debería ser vaciada en bronce y colocada sobre el cerro que en esta capital perpetúa su nombre. Y Toné: la suerte puso en sus manos una tizona templada en las fraguas de Toledo. Reemplazó con ella la bárbara lanza de macana. Y blandióla con bizarría, más recio y más

ágil que los barbudos europeos. Nutibara, Toné, Maitamac, Nabuco, Niquía.....

Ciudad disputada la de Jorge Robledo. Tierra de nadie. Acaso, fiel de balanza entre el Atlántico y el Pacífico, entre Cartagena y Popayán. Apenas fundada, y en ausencia de su fundador, cae sobre ella don Pedro de Heredia y la incorpora a su gobernación. Luégo Juan de Cabrera, quien venía con orden de Belalcázar de prender a Robledo, ataca al desnarigado y lo hace prisionero. Libre Heredia después de haber sido enviado a Panamá, vuelve sobre Antioquia en son de venganza y la toma segunda vez sin derramamiento de sangre. Con la rapidez que empleaba en sus empeños y empresas, Belalcázar envía a su teniente don Francisco Madroño a recobrar la deseada presa y la recobra. Heredia andaba a la sazón explorando el bajo Cauca. Ya de regreso, reconquista a Antioquia. Y otra vez Madroño la recupera para Belalcázar y prende al lugarteniente de Heredia, licenciado Gallego. Desde Cartagena, el visitador don Miguel Díaz de Armendáriz se declara por sí gobernador de Antioquia y nombra a Robledo su teniente general en la nueva gobernación. Llega Robledo y toma prisionero a Madroño. No habían de parar allí las peripecias, porque con la trágica muerte del fundador, Belalcázar se hace otra vez señor de Antioquia, al menos mientras le llega la hora de la justicia. Tántas vicisitudes — y entre todas el horrendo asesinato del fundador — decidieron de la suerte de la ilustre ciudad, que en el futuro volvió a sufrir otras. Si parece que Antioquia hubiera sido fundada no para ciudad sino para estadio de sangrientos episodios donde resolver las rivalidades de tres de los más ilustres hombres de la conquista española en América.

Antioquia simbolizó en sus inicios el espíritu andariego y trashumante que había de distinguir a

nuestra gente. De Evéjico llevósela Isidro de Tapia, en nombre de Juan de Cabrera al valle de Nore. De Nore movióla nuevamente don Gaspar de Rodas a la Villa de Santa Fé. Y allí quedó, viviendò y muriendo, muriendo y resucitando. Si fue acertado el sitio lo dirán los años. Al cabo de cuatro siglos, las rutas de las dos vías principales del departamento, la carretera al mar y el ferrocarril troncal, que deben unir a Medellín con el golfo de Urabá y a Popayán con Catagena — los polos opuestos de las primeras pugnias — se cruzan en la ciudad de Antioquia. Sobre Santa Fé se hace esta cruz de hierro y de cemento. Por coincidencia histórica, esas dos rutas corresponden a las mismas que siguieron los descubridores de esta provincia: Francisco César, que viajó de San Sebastián hacia el interior, y Jorge Robledo, que siguió el curso del Cauca.

De la blenda en que entraron como metales el indio, el negro y el blanco surgió esta raza todavía en fusión, pero que ya va anunciando un tipo definitivo. Cada uno de los componentes aportó algo al crisol. El indio su desconfianza y su disimulo. Su resistencia el negro a los rigores del calor y a las irradiaciones de la luz, así como su organismo adaptado al clima. Aportó el español su fuerte voluntad, su sensibilidad exquisita, ambición, frugalidad, valor, resistencia, religiosidad. Que los pobladores constituyeron una colonia judía, es una necia leyenda sin base histórica y sin fundamento científico. Otra cosa es que aquellos hombres hayan traído en sus venas un tanto de árabe y de judío, y que con esos pocos glóbulos — pimienta en la salsa — fijaran en el nuevo producto étnico un buen porqué de imaginación, aptitudes para los negocios y capacidad para la creación artística. De allí va saliendo un tipo racial inconfundible: físicamente bello, desperdido y fuerte. Y según Uribe Angel: apasionado, trabajador, patriota, valiente, emprendedor, hábil

para los negocios, excelente padre de familia, caritativo, hospitalario, propenso a viajar y progresista. Cierta vez, como en un capítulo galante de la galante Provenza, fuése a escoger la mujer que representase a la belleza colombiana en lueñas tierras, y se encontró en la Montaña.

Y comenzó la ocupación. De aquel núcleo primero empezaron a salir migraciones. Tras el señuelo o la realidad del oro o tras la bondad de las tierras muévense los colonos. Desparrámanse las gentes por las rutas múltiples de la rosa del viento. Se asciende a las montañas. Se doblan las cordilleras. Sobre la planicie de oriente surge Rionegro, emerge Marinilla. Don Gaspar de Rodas, con visión certera del futuro, se hace adjudicar nada menos que el valle del Aburrá. Funda a Zaragoza. Nuevos pobladores salen de la Ciudad Madre a colonizar y ocupar. Y nuevas familias, llegadas de España, acrecen las fundaciones. Pero no es, esta de hacer surgir pueblos, tarea de un lustro ni de una generación. Cada hijo que nace tiene el encargo de crecer y multiplicarse. Poblar. He ahí la consigna. Ya está ocupado, con sitios y villas, el valle aburraense. Medellín anuncia lo que va a ser. Las planicies elevadas de oriente se van cuajando de pueblos. El sur y el norte y el nordeste albergan numerosas colonias. Pero aún hay tierras. El suroeste. Hacia allá dirigen los pasos los Uribes, los Santamarías, los Echeverris. Y una mañana despegan de las tierras recién pobladas, hacia el sur, dos valientes; a la luz de la luna habían visto platear en la lejanía las moles de Herveyo y del Ruiz, y hacia allá encaminan los pasos. Erígese Manizales como un estandarte sobre una agría cresta. Después, el valle de Risaralda, la esplendidez ubérrima del Quindío, la cordillera tolimense, las vertientes que dan hacia el Valle. Se ha cumplido el bíblico mandato. Dos millones de antioqueños lo pregonan así.

Si el paisa está, por sus componentes raciales, orgánicamente bien dotado para vencer las dificultades del medio físico, o si es el medio físico, duro e inhóspite, el que lo acondiciona, será cuestión que estudien otros. Quizás exista la conjunción de ambos factores: que el hombre racialmente fuerte, por la mezcla de que procede, encuentre en la resistencia de la geografía la manera de hacerse más recio y dominarla. El hecho es que, a pesar de las condiciones impropicias. Antioquia es tierra de progresos y el antioqueño hombre de empresas. Pobre el suelo para la agricultura, no por ello lo hemos abandonado. Agarrado a inverosímiles despeñaderos, el labrador de la montaña siembra, aporca y desyerba, y el maíz o el café agradecidos le dan su grano. Sobre el filo de las cuchillas se hace el milagro de las ciudades. Aquí se bate un cerro para llenar una cañada y nivelar una plaza. Allí la columna erguida sobre el desfiladero sirve de sostén a la vivienda. Los caminos y las carreteras y los ferrocarriles ascienden a las montañas o descienden a los valles, pero cada kilómetro requiere la audacia de un puente, el arrojado de un viaducto, la perseverancia de un túnel. Si la tierra no alcanza para subvenir a las necesidades de todos, surge la fábrica. Y si el río no se presta para dejar deslizarse la nave, entonces se le coloca la camisa de fuerza de acero para que dé en energía eléctrica lo que niega en mansedumbre.

Vida apacible la de la colonia. Nobles, plebeyos y esclavos la veían transcurrir sin alternativas y desasosiegos. Siempre igual. No había inquietud intelectual ni agitación de ideas. Dentro de su ignorancia, casi general, las gentes aceptaban como bueno lo que existía. Bien se estaba el señor mi rey en su corte y nosotros aquí en las Indias. De tarde en tarde un lento correo traía la noticia sensacional, que daba tema para un año. Como venían juntas las de un lapso, perdían su importancia. No había al

menos afloradas a la superficie, pugnas sociales. Es sabido que la esclavitud no asumió en Antioquia los caracteres de crueldad de otras partes, porque amo y esclavo convivían — conservadas las categorías — en cristiano compañerismo. Para al señor de Antioquia de toda Antioquia — don Lorenzo Agudelo, don José Ramón de Posada, don José Félix de Restrepo — el esclavo no era el animal sino el hombre. Así se explica que fuera Antioquia el abanderado del anti-esclavismo en Colombia y que se hubiesen redactado aquí las primeras leyes sobre libertad.

La economía era bien incipiente en la vieja capital. Los señores, dueños de esclavos, hacían cultivar sus heredades. Cacao y frutales tupían las vegas del Cauca y del Tonusco. O bien se explotaban los placeres de minas. Pero — lote irrenunciable de la humanidad — había pugnas y rivalidades pueblerinas, que a veces acababan en lances personales o en escándalos públicos.

Fiestas? Las religiosas, con saraos en casa de los señores, grandes consumos de vino y bizcochuelos. O bien, la ascensión de un nuevo soberano o la llegada de un nuevo virrey imponían el regocijo cívico. Pero los esclavos llevaban también su parte. Y es notorio que, para los bailes de éstos, las señoras se esmeraban en adornar y emperejilar personalmente a sus negras para que fuesen las mejor vestidas y las más ricamente enjoyadas.

Todo es paz, conformidad. Pero un día los pechos, las alcabalas, los quintos, los diezmos y los monopolios sublevaron a la gente. El abuso de los impuestos, en beneficio de aquella corte distante y de aquel ignoto rey, pesaba demasiado sobre los hombros de quienes debían pagarlos. Y surgieron los comuneros. Fue el despertar de la conciencia del pueblo, antes aletargada por más de doscientos años de aceptación pacífica y de sumisión. Entonces nació el agitador.

Y otro día el demonio de la libertad prendió en el pecho de los señores y de los plebeyos. Vino el cabildo. Don Juan del Corral, momposino de nobles arrestos, don José Manuel Restrepo y don José María Ortiz, hablaron en nombre del pueblo, firmaron el acta de independencia. Y la provincia fue libre y comenzó para ella el ensayo feliz del propio gobierno.

Comentando las pugnas sangrientas de los conquistadores por la posesión de la Ciudad Madre, el autor del Compendio de Geografía e Historia del estado de Antioquia cree ver en ellas el origen y la semilla de las luchas políticas de tres siglos más tarde, cuando la efervescencia de los partidos arrojaba a unos hermanos contra otros y mantenía un clima de agitación en la república. Quizás valga la observación menos para esta provincia que para las otras. Porque Antioquia ha sido, entre las de Colombia, aquella sección en donde menos ha actuado la pasión banderiza y en donde menos ha prosperado la revuelta. Es proverbial que el antioqueño no hace la guerra en su territorio. Nunca ha dejado de contestar al llamado del patriotismo cuando se ha requerido el sacrificio de la tranquilidad y de la vida, mas el escenario de la guerra ha estado lejos. Y es proverbial asimismo que ha sido un pueblo fácilmente gobernable y que ha tenido excelentes mandatarios. Empieza la teoría don Gaspar de Rodas, hombre de armas y administrador, cuyas dotes admirables de militar fueron requeridas más de una vez para la pacificación de los territorios insurrectos, y autor de las ordenanzas de minería que, al término de cuatro siglos, inspiran la legislación sobre la materia. Síguele el Oidor Mon, cuya obra se dilata en diversos campos. El estado le debe en educación, en agricultura, en organización administrativa. El célebre oidor encontró una provincia empobrecida y atrasada en todos los órdenes y la en-

tregó recobrada y próspera. Don Juan del Corral enseñó que la dictadura es, en determinadas condiciones, procedimiento necesario para la acción pronta y enérgica, pero que no tiene que ser tiránica. El la empleó con un sentido paternal y benévolo. Fue el suyo, un tipo del gobierno fuerte, exento de papeleos y de charlatanería parlamentaria, pero humano. La independencia de la provincia y la libertad de los esclavos, así como su labor educacionista, enaltecen su memoria. Berrío es el paradigma del mandatario civil capaz de crear militarmente una mística, de hacer campañas fulgurantes, pero que no ama la guerra sino que la tiene apenas como mal necesario. Cumplida su misión con las armas, dedicóse a una obra administrativa, la más vigorosa, la más activa, la más eficiente y la de más duraderos efectos que se haya conocido en Colombia. "Aquí manda el doctor Berrío" — el célebre dicho del fugitivo que pisó los lindes de Antioquia — dice todo lo que el pueblo sentía de esta isla en los tiempos del gran mandatario. "Aquí manda el doctor Berrío" significaba la salvación del naufragio y el arribo a la playa: seguridad, legalidad, orden.

La historia de la cultura y la civilización de un pueblo es la historia de sus hombres. O es la gesta, o no es nada. Lo que Antioquia ha sido y lo que es y lo que habrá de ser, por sus hombres lo ha sido y lo será. No es posible, entonces, al abarcar el panorama de la vida antioqueña, siquiera sea a manera de parches impresionistas, prescindir de mencionar nombres propios. Que sean sólo los que cumplieron su jornada, eso sí, porque para los otros falta la dimensión del tiempo, la perspectiva, que es factor de acierto y elemento de la humana justicia.

Un solo nombre, en los viejos tiempos de la edad media colonial: Crisanto José Robledo y Ferrero, por remoquete "el Indio". Nació en la vieja

metrópoli. Estudió en Salamanca. Fue Licenciado en humanidades. Bachiller en lógica y metafísica. Maestro de teología. Catedrático de dogma. Doctor en Derecho civil español. Doctor en derecho canónico. Doctor en sagrada teología. Académico de la Universidad salmanticense y capellán de honor de don Carlos III. Inteligencia privilegiada, sin duda, la de este criollo. Pero tal número de dignidades alcanzadas indudablemente merced a los estudios realizados en la ecuménica universidad española, hacen pensar cuántos como él hubieran podido revelarse en su época, de haber pisado las aulas.

Las jornadas libertadoras se iluminaron con fulgor de antioqueñas espadas: Atanasio Girardot, Juan de Dios Aranzazu, Juan María Gómez, Braulio Henao, Liborio Mejía, Manuel Dimas del Corral, Francisco Giraldo, Salvador y José María Córdoba. Este es el nombre insignia. Sus hechos lo hicieron héroe, pero su grito lo hizo inmortal.

Tuvieron la ley y la magistratura a José Félix de Restrepo, el "plasmador de gigantes". Insensible ante el peligro. Bendícenlo los que sienten en sus ancestros el peso de las cadenas y saben también en ellos de trabajo y de lágrimas. "Si es preciso cometer una injusticia para que el universo no se desplome, déja que el universo se desplome".

Fue el patriotismo femenino con Simona Duque, y tuvo la historia su primer cultor en José Manuel Restrepo, el docto.

Se iluminaron el parlamento y la diplomacia con Francisco Antonio Zea, naturalista, orador, escritor. Yo me he puesto a pensar cómo una frase protocolaria, ritual, como la que pronunció en Angostura, ha pasado aureolada de inmarcesible celebridad a la memoria de las generaciones, y concluyo que debió estar vivificada por un tono, un ademán y una solemnidad electrizantes. "La república de Colombia queda constituida, viva la República

de Colombia!" no es por sí misma una frase ilustre. Lo fue en los labios elocuentes del más brillante de los antioqueños de su época.

Floreció el martirio con José María Arrubla, hijo también de la ciudad de Antioquia y con Juan de Dios Morales. Se aprestigió la jurisprudencia con Juan Esteban Zamarra, Fernando Vélez, Antonio José Cadavid, Román de Hoyos, Dionisio Arango y Luis Eduardo Villegas. Tuvo el gobierno a Berrío, a Pascual Bravo, a Maceliano Vélez, a Rafael Ma. Giraldo, a Carlos E. Restrepo y Pedro Nel Ospina. El valor civil halló su centro en Juan Antonio Pardo: "Voto por Cuervo aunque asesinen al congreso". Rafael Uribe es el varón de multiformes actividades: escritor, parlamentario, hombre de acción. Voló la poesía con Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía y Francisco Jaramillo Medina. El periodismo contó a Fidel Cano y Aquilino Villegas. La elocuencia a Miguel Uribe Restrepo y Antonio José Restrepo, el parlamentario de estilo propio que no olvidarán quienes lo oyeron y juntaron a la audición aquella estampa de medallón antiguo. Las ciencias contaron con Manuel Uribe Angel, José María Martínez Pardo, Tulio Ospina, Emiliano Isaza, Juan B. Montoya y Flórez, Joaquín Antonio Uribe, Andrés Posada Arango, Tomás O. Eastman y Alejandro López. Las matemáticas con José María Villa. Honróse la Iglesia con levitas como José Miguel de la Calle, Vicente Arbeláez, Joaquín Guillermo González, Manuel Canuto Restrepo, José María Gómez Angel, José Joaquín Isaza, Jesús María Rodríguez, Valerio Antonio Jiménez, Manuel José Sierra. Nació la novela patria con Tomás Carrasquilla, a quien siguieron Francisco de Paula Rendón, Eduardo Zuleta, Bernardo Arias Trujillo y Gabriel Latorre. Fulguraron las artes plásticas con Francisco A. Cano y Marco Tobón Mejía. Halló su climax la caricatura en Ricardo Rendón. La prosa recibió lus-

tre en Juan de Dios Restrepo, Camilo A. Echeverri, Juan de Dios Uribe y Efe Gómez, las humanidades y la diplomacia con Marco Fidel Suárez, el "paria". Y para que no faltara nada, tuvo su cultivador la risa en Federico Trujillo y la intuición de los negocios vivió con José María Sierra.

La fundación de la Ciudad de Antioquia señala el nacimiento de un gran pueblo. Su conmemoración cuatricentenaria es la fiesta jubilar de una raza. Y porque Antioquia es de Colombia, y para Colombia, esta fecha es de la patria.

Entre las secciones colombianas, ninguna en donde el patriotismo haya sido y sea más acrisolado, más firme y más puro. Lo hemos demostrado en memorables ocasiones. Antioquia constituyó el mejor sostén del gobierno central cuando las disputas entre federalistas y centralistas hicieron periclitarse a la naciente república. Para la empresa libertadora, la Montaña dio cuanto pudo y más de lo que pudo, en hombres y en dinero. "A la provincia de Antioquia no es posible exigirle más", le decía Santander al Libertador en una carta célebre. Y cuando el doctor Berrío, triunfante, constituía en esta parcela un gobierno distinto al del resto del país y los colombianos de poca fe temían por la unidad, el primer decreto del prócer declaró, para gloria de su nombre, que el Estado de Antioquia continuaría haciendo parte de la Unión Colombiana. Somos eso sí celosos defensores de nuestros fueros seccionales. Somos regionalistas, en el mejor de los sentidos. El patriotismo no es, bien estudiado, otra cosa que un regionalismo de más amplios términos. Y la república perfecta será siempre la suma de los regionalistas buenos. Y su progreso el juego de las emulaciones regionales patrióticas. "Antioquia por Colombia" exclamó uno de los nuestros para fijar el contenido de un noble movimiento.

El jubileo de la Ciudad Madre, en el que par-

ticipan en espíritu todos los pueblos del departamento y los antioqueños dispersos por la haz de Colombia, tiene un sentido de regreso. Un día salieron de la cuna legendaria los colonos. Se treparon a todas las breñas. Bajaron a todos los valles. Esguazaron todos los ríos. Descuajaron selvas. Regaron semillas. Fundaron ciudades..... Fue la dispersión. Santa Fé de Antioquia desapareció de sus ojos. Se borró de su recuerdo. Pero la sangre tiene sus llamados, la memoria y el afecto sus reversiones. Hoy revive la emoción de la infancia. Desde todos los pueblos, aun los más distantes, se contesta presente! Es el día de regreso a la casa solariega.

Honor a la Ciudad Madre de Antioquia y honor a la memoria de Jorge Robledo.

Fernando Gómez Martínez